

**RICHARD  
NORTH  
PATTERSON**



**EXILIO**

David Wolfe se encuentra en el mejor momento de su vida: es un exitoso abogado de San Francisco, está a punto de casarse y se prepara para presentarse al Congreso. Sin embargo, cuando suena el teléfono y escucha la voz de Hana Arif (la mujer palestina con la que tuvo una aventura secreta en su época de estudiante universitario) pidiéndole ayuda, toda su situación da un giro de ciento ochenta grados. Al día siguiente, dos terroristas suicidas asesinan al primer ministro de Israel mientras éste visitaba San Francisco; poco después, acusan a la propia Hana de ser el cerebro del atentado. Para resolver el caso más complicado y polémico de su carrera, David se verá obligado a sumergirse en las vidas de Hana Arif y su marido, un militante de la causa palestina, y a cuestionarse todo aquello en lo que siempre ha creído.

# EXILIO

Richard North Patterson

*Para Alan Dershowitz y Jim Zogby*

*En la guerra, la verdad tiene tanto valor que  
siempre debería ir protegida por una escolta de  
mentiras*

**Winston Churchill**

## PROLOGO

### *Los mártires*

Mirando hacia las aguas transparentes cubiertas de espuma blanca de la Riviera Maya, Ibrahim Jefar se esforzaba por imaginar el acto que pondría fin a su vida: el asesinato justificado, lejos de su hogar, del hombre que dirigía a los enemigos de su pueblo, el artífice con rostro de águila de la vergüenza y el dolor de su hermana.

Ibrahim e Iyad Hassan, que dirigía sus acciones y se uniría a él en la muerte, vivían a la espera de las directrices que transformarían su anonimato en honor. Su refugio temporal era el pueblo de Akumal, aislado en un tramo de playas en la costa oriental de México. En el pasado, la zona la habitaron los mayas, cuya desaparición dejó ruinas de pirámides y templos; en la actualidad era el lugar de diversión de extranjeros ricos, pescadores aficionados y buceadores, atraídos por los arrecifes que ofrecían corales de ricos y variadas tonalidades de colores, así como una plétora de peces tropicales de colores vistosos. Su casa blanca estucada se encontraba en una hilera de casas del mismo estilo, protegidas por cocoteros y construidas sobre unos salientes de piedra negra al borde del Caribe. Para Ibrahim, acostumbrado a la desolación de su país natal, era algo hermoso y extraño, tan desorientador como despertarse de pronto de un sueño.

Llevaban una semana allí. Cada mañana, como aquel día, unas brisas frescas se llevaban las nubes tempranas y mostraban un cielo azul brillante, en consonancia con el azul profundo del océano. La luz del sol hacía destacar a las mujeres con pequeños bikinis que buceaban y nadaban y paseaban por la playa cercana, llenándole de deseo y vergüenza. Se apartó de ellas igual que del sol implacable.

Para Ibrahim, aquellos turistas irresponsables y privilegiados simbolizaban a aquellos que habían avergonzado a su pueblo, los sionistas que usaron el armamento de Estados Unidos para ocupar las tierras que les quedaban y ahogarlas en una red de asentamientos y controles de carretera, cohesionando su exilio con el cemento de la pobreza.

Pensó en su hermana dulce y asustada, que se echó a temblar una vez cuando cayeron las bombas, antes de que los soldados le arrebataran toda la razón que le quedaba en el cerebro; en su padre, cuyo provechoso ejercicio de la contabilidad había menguado hasta reducirse a la mera subsistencia; en su hogar ancestral en Haifa, que ahora estaba en manos de los judíos, y en su belleza, que Ibrahim sólo conocía a través de las fotografías; en otra imagen, la de los escombros de los bombardeos en el campo de refugiados de Yenín, bajo los cuales yacía un cuerpo cuya única señal de identidad era un par de gafas rotas con la montura dorada. Los sionistas le habían llamado «terrorista».

«No —pensaba Ibrahim—, era un mártir, y amigo mío». Pero fue Salwa, su hermana, quien alentó su titubeante determinación en aquel lugar tan alejado de casa.

Su viaje había empezado en Ramala, en Cisjordania. Usando sus propios pasaportes, fueron en coche hasta Amán, y luego volaron a París, Ciudad de México y Cancón. Allí alquilaron un coche con el nombre verdadero de Iyad y condujeron hasta la casa seleccionada por los autores desconocidos de su misión. Ibrahim no estaba acostumbrado a desplazarse con tanta libertad, por una carretera despejada

sin controles ni soldados, conduciendo kilómetros y kilómetros en línea recta.

Allí eran libres, pensó Ibrahim entonces; qué amarga ironía. Ninguno de los dos estaba fichado, ambos hablaban inglés con fluidez. Estaban en Akumal para bucear, dijeron las pocas veces en las que tuvieron necesidad de decir algo, y luego no hicieron otra cosa sino esperar su destino rodeados de lujo. La explicación de aquel refugio era que nadie con una misión como la suya elegiría un lugar semejante: pasaban desapercibidos por la absoluta incongruencia de su presencia, y por la indiferencia de los veraneantes concentrados en su propio placer y entretenimiento.

Y así continuaron, sin que nadie reparara en ellos excepto un ama de llaves que hablaba poco inglés y cocinaba y limpiaba lo poco que necesitaban. Ibrahim estaba seguro de que sus planes iban mucho más allá de lo que la vida había preparado a aquella mujer para imaginar. Los únicos judíos que había conocido eran sin duda norteamericanos ricos, como los propietarios ausentes de la casa, según las pruebas que Ibrahim había detectado en fotografías y libros, y probablemente ella ni siquiera sabía que lo eran. Por ahora, al menos, Iyad y él parecían estar seguros.

No obstante, Ibrahim estaba asustado y triste a la vez. La situación de ensueño de aquel lugar de descanso lo empujaba, lo convertía en marioneta de fuerzas invisibles. Trató de imaginarse una vez más el orgullo de sus amigos, la admiración de extraños para los que, en la muerte, entraría en la historia. Pero allí, en Akumal, aquella visión carecía de la intensidad que había tenido en Ramala. Parecía, por el contrario, algo juvenil, la fantasía de un muchacho que se había metido en una película de acción con la que pasar una tarde de ocio.

Su único contacto con la realidad era el teléfono móvil de Iyad. A Ibrahim no le estaba permitido responder: Iyad se retiraba a un rincón de la casa y hablaba en árabe en voz baja. Sus secos comentarios posteriores hacían que Ibrahim



sintiera que lo trataba con condescendencia, como a un niño al que sus padres sólo le ofrecen una versión resumida y ensayada de una conversación entre adultos mantenida con la puerta cerrada. Por eso quizá le resultaba más extraño aún imaginarse a Iyad Hassan recibiendo órdenes de una mujer.

Pero estaba seguro de que aquella mujer también era sólo un conducto, un instrumento de otros hombres que compartían su visión. Al final, tanto ellos como sus jefes sin rostro eran todos servidores de su pueblo, y de Dios.

Ibrahim comprobó la hora. Sabía que en el interior Iyad estaba terminando sus plegarias: con la cabeza inclinada y entrecerrando los ojos, de manera que se intensificaban las arrugas de un rostro demasiado agobiado por las preocupaciones de un hombre de veinticuatro años, sólo dos años más que el propio Ibrahim. A veces Ibrahim pensaba que Iyad jamás había conocido la duda.

A veces deseaba que Iyad no lo hubiera elegido.

No era capaz de imaginarse el paraíso. Podía experimentar lo que le supondría el martirio sólo en visiones terrenales de la Ramala que quedaría tras su muerte, poblada por ciudadanos corrientes cuyo placer sería recordar el sacrificio de Ibrahim mientras vivían sus vidas corrientes, en una tierra que deseaba transformada por su acción. Nunca conocería a los niños que aún no habían nacido y que, según le había asegurado Iyad, se sentirían orgullosos al oír mencionar su nombre y estudiarían su fotografía buscando los signos del valor. Los fragmentos de su cuerpo hecho pedazos no encontrarían sepultura en su hogar.

Aquel lugar era su oasis y su prisión: era rehén del tiempo que lo arrastraba con lentitud desesperante, aguardando la llamada de teléfono que lo impulsaría a actuar. Así que, una vez más, se sentó en un banco de piedra encima de un saliente rocoso donde las olas golpeaban con un rui-

do leve y sordo y arrojaban espuma blanca hacia los aires, humedeciéndole la cara y el pecho desnudo con una neblina fresca. El espacio arenoso entre las rocas y la casa estaba repleto de palmeras; el oleaje impetuoso llenaba el aire con una electricidad estática húmeda e incesante. La casa en sí era luminosa y aireada, y en el jardín vallado de la parte delantera había una piscina. Ibrahim no podía imaginarse que alguien viviera así excepto los colonos sionistas, cuyas casas con tejados rojos se parecían a aquélla, o, pensó con desdén fugaz, las eminencias de la autoridad palestina, que en el pasado fueron sus líderes nominales. Pero según probaban las fotografías, aquél era el hogar de un judío barbudo estadounidense y su escuálida mujer, que sonreían como locos a la cámara en una parodia del regocijo escapista del turista. En su mesa de centro había un libro de fotografías titulado *Un día en la vida de Israel*, un catálogo de logros sionistas, escuelas y ciudades y desiertos repletos de huertos fértiles y frutas y hortalizas brillantes. Aun así, lo que vio Ibrahim mientras hojeaba las páginas fue a su abuelo muriendo en un campamento de refugiados, un hombre pequeño y arrugado con una mirada que al mismo tiempo era miope y ausente, la mirada de décadas de desdicha y despojamiento. En ese momento pensó que no había ningún libro con una imagen de su abuelo; el viejo había muerto tal y como había vivido, y sólo lo vio su familia.

Al recordar, Ibrahim sintió que se le humedecían los ojos de dolor y rabia. El mundo llora cuando muere un niño judío, pensó. Pero no hay cobertura de prensa de los palestinos fallecidos, a no ser que mueran matando judíos; nadie se fijó en su hermana, o en la hija que nunca tendría, porque los medios están obsesionados con los judíos que saltan por los aires en cafeterías y restaurantes, por la acción de aquellos pocos valientes que eligen salir de la miseria impersonal de sus campamentos con la intención de hacer sufrir a su enemigo tanto como ellos hacen sufrir a su gente. Y aun así, aunque Ibrahim respetaba su coraje y enten-

día su objetivo, no le resultaba fácil concebir la idea de llevarse a mujeres y niños con él a la muerte. Debía estar agradecido de que le hubiesen ordenado matar a un hombre.

Ese hombre, la cara de Israel.

Ibrahim conocía aquella cara desde que era niño, el mismo tiempo que haría que conocía a los soldados israelíes y el hacinamiento y la humillación; que incluso los perros, pero no los palestinos, tenían derecho a ladrar; que los auténticos terroristas no eran sólo los judíos sino los estadounidenses; que cuando un judío muere, el presidente de los Estados Unidos llora de pena. Sabía todo esto y no había hecho nada al respecto. Hasta el día en que miró a su hermana a los ojos, tan apagados en vida como lo estarían algún día en la muerte, y supo que debía reparar su honor...

Algo pesado le golpeó en la espalda. Estremeciéndose, oyó el primer impacto de la bomba, y se puso tenso ante la idea de la explosión que le destrozaría los miembros. Entonces vio rodar hasta detenerse del todo un coco medio destrozado que había caído del árbol que estaba detrás de él.

Lánguidamente, Ibrahim se rió de sí mismo: un palestino desplazado en un rincón verdeante de México, viendo bombas imaginarias que caían de una palmera.

Antes del trauma de Salwa se reía más a menudo, incluso en las peores épocas. Se preguntaba si lo que veía en el rostro de Iyad había penetrado en su alma sin tocar su propio rostro sin marcas: la sensación de haber sentido demasiado, de una desesperación más profunda y antigua que su propia edad. En la televisión, en casa, veía a gente guapa de todo el mundo, tan libres y felices como las mujeres medio desnudas de la playa de Akumal. Pero aquel televisor, que era todo lo que poseía además de unos pocos libros y ropa y un título universitario de Birzeit sin perspectivas a la vista, le inundaba con la sensación de su propia nada. Sentado en la clase de relaciones internacionales, admi-

raba furtivamente a Fatin, la de los ojos castaño claro y la sonrisa seductora, y sabía que no le podía ofrecer nada.

Incluso aquella estancia era un tributo a su propio animato. Iyad le informó de que el hecho de estar en Akumal en vez de en el oeste de México era un cambio de planes debido a un capricho del racismo y la opresión. Algunos estadounidenses que se autoproclamaban «vigilantes» habían empezado a pasar sus horas libres patrullando las fronteras de Arizona y Nuevo México, esperando detener a los mexicanos ilegales que intentaran atravesarlas. Los que habían planeado su misión no querían que los atraparan unos blancos que iban en busca de invasores morenos y no sabían distinguir a los mexicanos de los árabes.

Estadounidenses y judíos. Cuando Iyad se acercó a él por primera vez, le recitó un sermón que había oído de un imán radical. Adondequiera que vayas, decía el hombre santo, mata judíos y norteamericanos. El que abroche un cinturón suicida a sus hijos será bendito. Ningún judío cree en la paz: son todos unos mentirosos. Aunque unos traidores palestinos y unos judíos firmen un papel, no podemos olvidar Haifa, o Jericó, o Galilea, toda la tierra y las vidas que los sionistas nos han robado, la degradación a la que nos someten día a día los ocupantes. «No tengas piedad con los judíos —repetía Iyad—, estén en el país que estén. Y nunca olvides que los judíos son la espada de los Estados Unidos de América, el enemigo que arma a nuestro enemigo».

Aquella letanía no conmovió a Ibrahim. Ya la había oído antes incontables veces; volver a escucharla le produjo una sensación repetitiva y sorda, como si le golpearan rítmicamente en la cabeza con un saco de arena. Entonces pensó en Salwa... Una vez más, Ibrahim se estremeció.

Poniéndose tenso, oyó que sonaba por segunda vez el tono discordante del móvil de Iyad, que se propagaba a través de la puerta mosquitera de la casa. El teléfono dejó

de sonar de repente, y después se oyó la voz de Iyad. Ibrahim cerró los ojos.

Durante unos minutos se quedó en silencio. Entonces tuvo un mal presentimiento y oyó las pisadas de Iyad en la arena, y notó que la sombra del otro le tapaba el sol.

Levantando la cabeza, Ibrahim miró en dirección al rostro descarnado de su compañero. Entonces, como otras veces, pensó que Dios le había dado a Iyad poca piel para cubrirle los huesos.

—Era ella —dijo Iyad. Su voz monótona mostraba ese dejo de desdén que a Ibrahim le resultaba tan discordante, dada la exactitud con la que ejecutaba sus órdenes—. Ésta es nuestra última noche en el paraíso de la tierra. La siguiente será mucho mejor.

Dos tardes después, conducidos por un hombre flaco y de mirada fría del que sólo sabían que se llamaba Pablo, se fueron en una furgoneta hacia la frontera. Cruzar no resultaría ningún problema. Pablo se lo garantizó en un inglés sorprendentemente bueno: miles de personas lo harían a diario. Aunque no por aquella razón, pensó Ibrahim.

Pablo los dejó a poco más de un kilómetro de la frontera. Pisaron la tierra reseca y se pusieron a caminar con un calor sofocante. Iyad se volvió y vio que la furgoneta de Pablo desaparecía. A continuación le ordenó:

—Dejaremos el móvil aquí. Y nuestros pasaportes. Cualquier cosa que nos identifique.

Ibrahim se percató de que aquellas palabras sellaban su sensación de que algo iba a ocurrir.

Se vació los bolsillos. Con la precaución propia de un hombre que cuida un jardín, Iyad enterró los pasaportes bajo un improvisado montón de piedras.

Una hora más tarde, con el sudor de la caminata cubriéndole el rostro, Ibrahim vio el brillo metálico de una furgoneta plateada que se dirigía hacia ellos por el terreno

monótono. Ibrahim se quedó inmóvil, aterrado. Mostrando una calma prodigiosa, Iyad dijo:

—Estamos en América. El país de los valientes, los libertadores de Irak.

La furgoneta se detuvo junto a ellos. En silencio, su conductor, joven y de cabello oscuro, abrió la puerta, haciéndoles señas para que se colocaran en la parte de atrás. En un inglés tan fluido como el de Pablo, les ordenó:

—Echaos. No me pagan para perderos.

A Ibrahim le pareció más árabe que de rasgos hispanos. Pero entonces se dio cuenta de que Pablo también era así.

Cuando el hombre les ordenó levantarse, estaban en Brownsville, Texas. Los dejó cerca de una terminal de autobuses sin nada excepto lo que les había dado: la llave de una taquilla que había en el interior.

La terminal estaba casi vacía. Mirando por encima del hombro, Iyad abrió la taquilla. En la bolsa marrón que encontraron había una tarjeta de crédito, tres mil dólares en efectivo, las llaves de un coche, una carpeta, dos pasaportes estadounidenses con nombres falsos y permisos de conducir de California. Con una cierta estupefacción, Ibrahim miró su fotografía recubierta de plástico, y descubrió que su nuevo nombre era Yusuf Akel.

—Vámonos —murmuró Iyad en árabe.

Inexpresivo, condujo a Ibrahim hasta un Ford sedán poco llamativo, con matrícula de California, aparcado a dos manzanas de allí. Iyad abrió la puerta de pasajeros para Ibrahim.

—Tenemos siete días —dijo Iyad—. Conduciremos hasta que se haga de noche.

Era junio, finales de primavera, y los días eran largos. Apurando lo que quedaba de saliva en su boca seca, Ibrahim entró, sabedor de que pasaría horas sin dormir, si es que lograba dormir en algún momento.

Iyad condujo en silencio. Ibrahim se dedicó a ojear lo que había en la carpeta. Contenía un fajo de mapas que detallaban una ruta de El Paso a San Francisco. En el mapa final de San Francisco había dos estrellas garabateadas con un rotulador permanente. En una ponía: «Estación de autobuses»; la otra estaba junto a un lugar llamado Fort Point.

Cerrando los ojos a la abrasadora luz del sol, Ibrahim trató de evocar una imagen de San Francisco, el final del viaje de su vida.